

El tren nocturno⁶³

Abdón Ubidia

Oyó un profundo silbato seguido del estrépito de un tren que se acercaba velozmente. Callada, temblando, con los ojos abiertos en la oscuridad, imaginó los émbolos y barras que se golpeaban, los chorros de vapor que escapaban furiosamente por entre la herrumbre de ruedas y rieles sucios de fango y de grasa, ese caudal de aceros sobre aceros. Pero era absurdo, la estación de ferrocarriles se encontraba en el otro extremo de la ciudad. Era imposible escuchar nada de lo que allí ocurriera.

Cierto es que el insomnio agudiza los sentidos, los prolonga, los electriza, los hace capaces de captarse señales, detalles que durante el día permanecen ocultos, ahogados por las impetuosas imágenes del tráfico urbano. Se puede oír el crujir periódico de las maderas que se acomodan en el armario. O el roer de un animalito que abre túneles y galerías en la cal y el ladrillo de las paredes de la habitación. O el destrozarse de los insectos que vienen de la noche contra los vidrios de las ventanas. O la propia respiración. O más allá el rumor de la ciudad dormida —un lejano fragor, una suma de murmullos inquietantes, remotos autos que huyen, aullidos aislados, ecos de distantes fábricas, de pasos solitarios, de silbatos serenos, proba-

bles gritos, probables canciones que salen de las cantinas abiertas a la madrugada. Pero la estación de ferrocarriles se encontraba en el otro extremo de la ciudad y era imposible percibir nada de lo que allí ocurriera. A lo mejor —se dijo—, todo era un sueño. A lo mejor estaba soñando un insomnio que era además un sueño. Se revolvió entre las sábanas. Pero el vaso colocado en la mesita del velador empezó a tintinear. Luego la vibración del vaso se extendió al velador y luego al piso y luego a las paredes, por fin le pareció que toda la casa era sacudida por un temblor. Se levantó y en dos trancos estuvo parada frente a la ventana. Un tren, o lo que fuera, pasaba en esos instantes frente a la casa. Era indudable. Mas no pudo descorrer las cortinas, estaba paralizada por el miedo. Cuando la vibración cesó y el raudal correr de las innumerables ruedas se fue apagando poco a poco y empezó a sentir el frío de la noche en los pies descalzos y en los brazos desnudos, retrocedió casi mecánicamente hacia la cama. Tenía la mirada fija en la ventana, como si pudiera mirar a través de las cortinas, como si continuara viendo lo que de todos modos no había alcanzado a ver.

Mucho más tarde un sueño entrecortado y bobo acabó por ganarla. Antes de las seis oyó los graznidos del

⁶³ Abdón Ubidia, "El tren nocturno", en *Cahiers du monde hispanique et luso-brésilien*, 35, 1980, pp. 143-156. En: [<http://cuentoshistoriasdelmundo.blogspot.mx/2014/09/tren-nocturno-abdonubidia.html>].

pavo de la casa vecina. Una hora después y como siempre sintió o presintió el menudo ajeteo que se escurría entre los trastos de la cocina: era su madre que había vuelto de la iglesia.

Ahora se había levantado. Alta, delgada, blanca como la túnica con trazas de hábito que la envolvía fue a sentarse frente a la peinadora. El viejo espejo de bordes con flores talladas al esmeril le devolvió, como si emergiera del fondo del agua, esa cara suya que, a pesar

de las cremas humectantes y las cremas nutritivas, empezaba a

ajarse hacia la boca y hacia los ojos. Esta vez había que añadir también las huellas dejadas por el insomnio. Su palidez habitual acentuada,

los párpados ligeramente hin-

chados. Era como si hubiese llorado. Pero esos ojos, todavía hermosos, hace mucho tiempo que habían olvidado las lágrimas. Al menos era difícil imaginarlas en aquel rostro oval, más bien adusto, más bien desdeñoso y estoico a la vez.

—¿Por qué tan temprano si hoy es sábado? —dijo la madre en cuanto la vio aparecer en el recuadro de la puerta de cocina.

—¡Mamá, lo oíste! —exclamó ella. Antes de que la madre alcanzara a preguntar, se apresuró a decir:

—El tren.

La madre abrió unos ojos asombrados.

—Pasó frente a la casa —dijo la hija.

La madre no atinó a decir una palabra. La miraba de soslayo: sus ojillos escrutaban atentos por detrás de sus ojeras violáceas. La luz de la mañana,

difusa y gris, la bañaba desde lo alto de una estrecha ventana de vidrios cuadrados. Inmóvil detrás de la mesita forrada de marroquí blanco, el cuerpo levemente inclinado hacia delante y sosteniendo un plato y una taza entre sus manos nudosas y apergaminadas, la madre se parecía a Santa Ana. “Has tenido una pesadilla”, quiso decir. “No debes hacerle caso”, quiso añadir. Pero calló. Era preferible callar. En los últimos años había aprendido a temerle. Y ahora que la veía como demudada, tensa, no valía la pena poner en duda ninguna de sus palabras: acaso sería un pretexto que acabaría por estropearles el día. Ya había ocurrido en otras ocasiones. Sí, era preferible callar. Nada ganaría provocándole. Quizá fue una visión maligna. Tal vez fue asunto de los nervios. “Ya se olvidará”, se dijo bajando la taza hasta la mesita como si ese suave descenso del brazo acompañado de un encogimiento del entrecejo fuera ya una opinión. Tenía la mente en blanco. No se le ocurría decir una palabra.

La hija observó el descenso de la taza que se posaba sobre el marroquí de la mesita. Observó también la angosta frente de la madre.

En verdad era extraño. Bastaba un casi imperceptible movimiento de las cejas para cambiar el asombro por patetismo. Era evidente que la madre no había escuchado nada raro la noche anterior. De escucharlo, hasta se lo hubiera negado. Y olvidado. Los viejos tienen sus propias manías, su propia tozudez en la cual se esconden ciegamente por miedo, por cansancio, por hastío, vaya a saberse por qué. A



su madre le había dado por llevarle la contraria. Y se lo hubiera negado. Pero ahora no sabía de qué le estaba hablando. “Cree que tengo alucinaciones”, pensó. “Crees que estoy volviéndome loca”, iba a decir. Las palabras no alcanzaron a salir de sus labios. Aquello sería como iniciar una discusión absurda. Como otras veces. Aquello terminaría por estropearles el día.

Como otras veces. Calló.

—¿Un tren? —dijo la madre.

Fue una pregunta sin énfasis, como aspirada, con una entonación casi neutra, como si fuera dirigida hacia sí misma. A la hija le pareció oportuno cambiar de conversación, acogerse a ese aire de contrariedad y abandono, a ese gesto familiar y atávico que nunca significó otra cosa que una costumbre aprendida desde siempre, y decirle: “Olvídalo, fue una pesadilla”, y hacer a continuación un comentario cualquiera que disipara las inquietudes de la madre.

—¿Un tren? —murmuró la madre.

Un silencio de panteón o de caverna las mantuvo suspendidas en un tiempo sin horas ni segundos. La hija se abrochó el último botón del salto de cama y se arrastró hasta el lavabo. La llave goteara perezosamente sobre el reluciente acero. La cerró con fuerza para que no goteara más. Ahora el silencio era completo.

La salvación vino de arriba, como del cielo. Desde el piso superior y desde el otro extremo de la casa, llegaba el retintín de la campanilla del padre que llamaba. “¡Jesús!, se ha despertado”, dijo la madre perdiéndose en un arre-

molinamiento del aire que la llevó a preparar, en un instante, el vaso con las tres partes de agua caliente y una parte de agua fría y la cucharadita de agua en reposo guardada en el refrigerador. “Enseguida te la llevo”, dijo la madre con un hilo de voz que sólo ella escuchó. Poco después se la oía subir por la escalera de madera en forma de caracol.

La hija la miró desaparecer entre el tejido de los soportes de la escalera. Luego, apática, llamó:

—Pepín, ¿dónde te has metido?

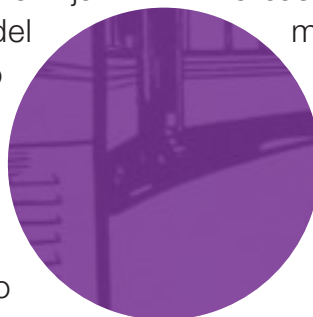
Lo sintió apretarse contra sus piernas. Había salido por debajo de un sillón.

—Gato tonto, si no se te llama no vienes —le dijo, entrando nuevamente en la cocina.

Pepín la siguió con elásticas contorsiones acompañadas de breves maullidos. Ella llenó su tazón con leche y se dirigió hacia la puerta que daba al patio trasero de la casa. La abrió. Afuera un sol desvaído iluminaba las cosas. Al fondo del patio, junto al poste que sostenía los alambres para colgar la ropa, estaba la caseta vacía de Bobby. El pobre se murió de puro viejo. Tendría más

de veinte años cuando se murió. En sus últimos tiempos no hacía otra cosa que dormir. Y ni siquiera los arañazos de Pepín le molestaban. Lento, el lomo cuadrado por la

gordura, sofocado por un revol-tijo de pelos endurecidos por la mugre que a nadie le interesaba limpiar, el hocico siempre abierto, acezante, ya sólo tenía fuerzas para levantarse de vez en cuando, husmear por los rincones del patio como movido por una costumbre



que ya no alcanzaba a recordar, y volverse a echar sobre los trapos deshilachados de su caseta. Por fin se murió.

—¿Lo extrañas? —le preguntó a Pepín.

Pepín alzó hacia ella sus ojos verde esmeralda, luego los cerró casi con dulzura al tiempo que se pasaba la pata lamida por los bigotes y las orejas. Le hablaba a Pepín como a una persona, como en su hora le habló a Bobby, o antes de él, a Tony, o como le habló también al canario y al guacamayo, a tanto perro, gato o pájaro que asomó y murió en su vida y que ahora no eran más que vagos espacios de su memoria, vagas formas dóciles a las que atribuyó siempre una suerte de cariño elemental que le era prodigado a cambio de prácticamente nada. Un día, años atrás, se propuso no hablar con los animales. “No debo hablarles como si fueran personas”, se dijo. Otro día juró no hablar más en voz alta cuando estuviera sola. Y en principio trató de resistir a la tentación de hacerlo. Mas, poco a poco, los hábitos de la soltería la fueron ganando, y luego se encontró hablando sola o con los animales como si fuera la cosa más natural del mundo. Ahora eso importaba menos. Pepín sería la última mascota de la casa, “Nunca más animales”, había dicho el padre, meses atrás, mirando la caseta vacía de Bobby. “Nunca más sufrimientos tontos”, había insistido la madre.

Y por una vez, ella sintió que tenían razón.

—¿Lo extrañas? —le preguntó a Pepín.

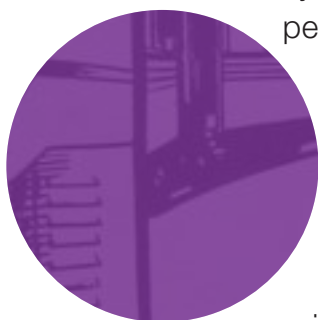
Mientras Pepín volvía a cerrar sus ojos como de cristal, ella, algo encan-

dilada por la luz del patio, miró el ángulo que formaba el pasamano de la escalera con el umbral de la puerta de la cocina. Su madre se demoraba allá arriba. “No debí contarle el asunto del tren”, murmuró para sí.

Se sentó muy al filo de una silla.

Tenía apoyado un codo sobre la mesa y la mano curvada sobre la boca como una visera. Su otra mano jugueteaba con la cucharita dispuesta para el desayuno que no llegó a prepararse: un poco de café y dos tostadas untadas con miel de abeja para no engordar. A veces la golpeaba suavemente contra la taza todavía puesta boca abajo sobre el plato. Sintió que su madre llegaba a sus espaldas y que la miraba en silencio. No regresó el rostro hacia ella, no era necesario, de todos modos adivinaba en su mirada el mismo viejo reproche: “¿por qué no te casaste?”, le estaría diciendo con la mente. Ella supo que era inútil toda respuesta. La madre había aprendido a encerrarse en sus propias razones y de allí nadie lograba sacarla. No tenía sentido decirle que fue por ellos, por su tonto apego a un abolengo que no existió jamás, que huyó y rehuyó al hombre que en otro tiempo la buscó con una insistencia sombría y cauta que ella nunca alcanzó a explicarse muy bien, y que en algún sitio de su memoria, sobre todo en las noches de insomnio, continuaba rondándola y buscándola aferrado siempre a su antiguo fervor, y a quien acaso hubiera llegado a amar. No tenía sentido dejarse arrastrar por una ira ya inútil y responder a ese reproche con otro reproche también inútil porque de todos modos la madre callaba, se replegaba en su torvo silencio

aunque una y otra vez estuviera repitiéndole, en el pensamiento, la misma frase rumiada siempre y nunca dicha “¿por qué no te casaste, por qué?”, al tiempo que se acercaba por detrás y se colocaba junto a ella mirando sin mirar la inmaculada taza de porcelana volcada todavía sobre su plato, y le preguntaba cualquier cosa, al respecto del desayuno, por ejemplo, cualquier pregunta hueca y fingida que ocultara mejor sus pensamientos.



—¿No desayunas todavía?

—dijo la madre. Un fulgor helado se encendió en el aire.

—¿No desayunas todavía?

—dijo la madre.

—¡Sí, ya desayuné! — casi gritó la hija al tiempo que se levantaba bruscamente y huía de la cocina con un congestionamiento de la sangre que parecía empujarla por detrás del rostro, pero no fue lo suficientemente fuerte para hacerla llorar porque, de todos modos, ya nada era lo suficientemente fuerte para hacerla llorar.

Era falsa aquella penumbra de tintes rosáceos. La creaban las cortinas a medio correr. Al fondo y como ajeno brillaba, entre dos paneles de cajones semiabiertos, el alto espejo de la peinadora. El mismo efecto de la luz irrumpiendo en la sombra se repetía en el pequeño cuadro colonial. El blanco rostro de Jesús resaltaba como un recorte sobre las profundas tonalidades del fondo. Debajo y desde la cama deshecha se derramaba en espesa y blanda cascada el conjunto de sábanas y colchas revueltas. Había ropa sobre el zapallo de damasco amarillo entrecruzado de hila-

chas doradas, las puertas del clóset estaban entreabiertas y en una de las repisas del mueble de caoba con diseño de anaquel, dos de las muñecas de la colección habíanse caído, la una sobre la otra, posiblemente arrastradas por algún inadvertido revuelo de los encajes de su larga batona.

Allí estaba todo por hacerse. Sin ponerse a pensar, como movida por un impulso inmemorial, inició el arreglo de la habitación.

Había que empezar por las cortinas, recorrerlas del todo y abrir la ventana para que la luz penetrara íntegra y el aire se cambiara por un aire nuevo y se acabaran de borrar de una vez por todas los últimos vestigios de la noche. Había que abandonarse a la vieja costumbre de reordenar hoy lo desordenado ayer, porque así el tiempo se sentía menos y además el mismo pasado parecía borrarse y resolverse en una nueva espera, en un nuevo inicio o partida, mientras los cajones abiertos volvían a cerrarse, y el clóset se cerraba también con toda su ropa adentro y la cama deshecha se tendía, y las dos muñecas del mueble de caoba regresaban a su posición habitual en la larga congregación de cándidas efigies altas, bajas, flacas, regordetas, blancas, rosadas, morenas, perfectamente conservadas desde los años de su infancia. Más allá de la puerta de su habitación, ahora impecable, le esperaba el cuidado de los pisos de la sala, del comedor, de los pasillos, una obligación de las mañanas de sábados y domingos que se había autoimpuesto hubiera o no sirvienta, estuviera sana o enferma.

El padre la encontró inclinada sobre la máquina enceradora que zumbaba

entre los muebles arrinconados de la sala y enfundados aún en sus protectores de lienzo.

—Pero hija, te vas a enfermar, podemos pagar para que lo hagan—dijo.

—No vale la pena —repuso ella—, nunca lo hacen bien. Nadie lo hace bien.

El padre recompuso en el cuerpo su actitud solemne y grave de siempre, como disponiéndose a continuar con el reproche. Pero no valía la pena hacerlo. No era eso lo que quería decir. Entonces pensó en preguntarle algo sobre la nueva sirvienta que vendría el lunes. Tampoco era eso lo que quería decir. Relativamente pequeño y encorvado, el pelo entrecano, la barba entrecana, muy corta y como forrada al rostro cruzado de arrugas, el padre no encontró el tono adecuado para cambiar el tema de la conversación. Se limitó a toser dos o tres veces. Estaba vestido como para salir a la calle. Sólo le faltaba colocarse el saco y el sombrero ariscado.

—Parece que no dormiste bien anoche —dijo por fin. Había un ahuecamiento en su voz.

—¿Te lo contó mamá? —preguntó la hija como saliéndole al paso.

El padre frunció el ceño. No supo qué responder. Luego asintió con la cabeza, mientras se sacaba los lentes y buscaba el pañuelo para limpiarlos.

La hija lo miró acomodarse los lentes nuevamente.

—Fue una pesadilla —mintió con soltura en tanto echaba a andar la enceradora. Por detrás del zumbido de la máquina oyó la voz de su padre:

—¿Lo del tren?

La hija apagó la enceradora y se volvió hacia él.

—Una pesadilla —insistió—. Algo me hizo mal, no es nada extraño, ¿no?

El padre contrajo la boca en un rictus de desagrado. “Mi bendita mujer ya no entiende bien las cosas”, estaría pensando. “Tengo que decírselo”, añadió, para sí, disponiéndose a salir en busca de la madre. La hija encendió la enceradora y el zumbido acabó por llevarse los pasos del anciano mientras ella redescubría, con cada vaivén de la máquina, algo como un sentido en esa tarea de abrillantar la cera, una suerte de reiterado y minucioso llamado a ese alguien que no volvió más.

Más tarde lo vio venir por el pasillo. Lucía tenso, presa de un desagrado que no llegaba a ser indignación, o mejor, presa de una indignación fallida. Hubiera preferido (como casi todos los sábados) irse el día entero de la casa a ver a sus amigos (gracias al disgusto puntual de los sábados), pero en paz con su conciencia, dueño absoluto de sus propios motivos.

—¿Vas a salir a la calle, papá? —dijo la hija en una pregunta que era también una respuesta.

—No lo sé —respondió el padre. Pero sí lo sabía. Evidentemente, algo había fallado allá adentro.

Acaso sus reclamos a la madre fueron excesivos y ahora se sentía culpable. En algún rincón de la casa la madre estaría, en ese instante, con el rostro compungido y lloroso. Él, en verdad, pudo no complicar la situación de ese modo. Nadie controlaba sus idas



y venidas. Nadie le impedía hacer lo que le viniera en gana. Pero ese día era sábado. Y él era un hombre de costumbres y recelos, de hábitos establecidos y definitivos que a veces, sin embargo, no conseguía tolerar. Jubilado desde hacía más de diez años, durante la semana laborable observaba un horario de oficina. “Salgo a atender unos asuntos”, decía muy por la mañana. Y esos “asuntos” no pasaban de ser el pago mensual de la luz, del teléfono o el agua potable. Alguna gestión ocasional. Algún funeral quizá. El resto del tiempo se lo pasaba en los bancos de los parques y plazas de la ciudad, aguardando el medio día, como años atrás, para retornar a casa como quien retorna del trabajo. Los sábados y domingos, en cambio, consideraba su obligación dedicarlos al hogar. Sólo que entre sus obligaciones y sus impulsos más recónditos no siempre había un acuerdo. Y menos en los días sábados. Entonces le sobrevenía la desesperación de no poder hacer, por causa de él mismo, lo que él mismo quería hacer.

Todo eso mientras sus amigos ya empezaban a reunirse en algún oscuro rincón al que siempre fueron fieles desde los años de su juventud, y al que ella y su madre apenas imaginaban sumido en una bruma de humo de tabaco de envolver y aromas de Mallorca, fritada, mondongo y demás. Entonces venían las complicaciones. Entonces era necesario fingir un disgusto, cualquier cosa, cualquier pretexto para acudir a la reunión semanal, como siempre, como toda la vida, sobre todo ahora

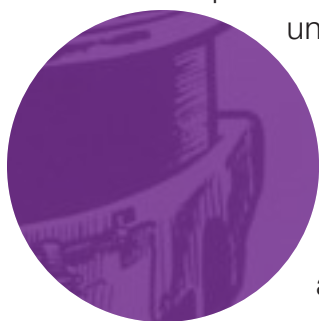


que cada vez eran menos y más decrépitos los que quedaban, ahora que la memoria empezaba a tergiversar los sucesos que ya no existían más que en la confusión de esa memoria tergiversada, puesto que nadie podría señalar el sitio en que ocurrieron porque éste, o se había perdido, o se había borrado en el nuevo asfalto y en los nuevos vericuetos de esa ciudad cambiante e irreconocible.

—¿Vas a salir a la calle, papá? —dijo ella y el padre respondió que no lo sabía, pero ella lo vio vacilar ante el arco de la sala, y luego irse y luego volver con su saco y su sombrero puestos, y con el impermeable oscuro doblado en el brazo.

—Cúidese, miniña —recomendó casi en una reverencia, y ella no tuvo tiempo de decirle, con el rencor de otras veces, “tu anciana niña”, ni tuvo tiempo de decirle “¡cuidado con el piso, papá!”, porque el padre salía ya, apresuradamente, dejando sobre el reluciente encerado esos breves oscurecimientos de cada pisada, que ella no tuvo más remedio que seguir con su máquina que ronroneaba y bramaba estableciendo el brillo de la cera, volviéndola otra vez tersa y espléndida como el cristal.

La luz era una mancha plateada sobre el piso y un engolamiento de claros y oscuros verticales en la tela de las cortinas. Sobre la alfombra central de la sala —un blando óvalo marrón—, se alzaba ya la mesa tallada en cedro. La coronaba un Murano lleno de hortensias nuevas. En el aire límpido de



la sala brillaban, aislados, los destellos de los ceniceros, de las lámparas y apliques, de las figuritas de vidrio y porcelana reagrupadas, de una en una, en las repisas de cristal de la vitrina. Ahora, ella se había cambiado. Vestía una blusa de seda estampada en colores bajos, un blanco pantalón de bastas anchas y, ajustado al pelo enrulado, un pañuelo que hacía juego con la

blusa. Lucía fresca, hasta rejuvenecida luego del baño caliente alternado con duchazos de agua fría. Oía a talco y perfume suave. Y en la cara a medio maquillar, en los ojos todavía no enmarcados por el rímel y el delineador, en la boca entreabierta pintada ya con un creyón oscuro, temblaba una ansiedad placentera y breve, mientras contemplaba de pie, medio oculta por el arco que daba a la sala, detalle a detalle, los lugares por los cuales sus manos habían pasado y repasado, puliendo, limpiando, ordenando con implacable fervor. Pero aquella ansiedad de su rostro no era solamente suya. Parecía emanar también de las cosas, de los espacios, de los juegos de la luz de aquel recinto. Ella la sentía como un aura nueva que envolvía a los objetos, como si en ese instante, y por esa vez, los objetos fueran un poco más que ellos mismos; como si les hubiera crecido un nuevo y amable espesor que no era ni de aire ni de luz, pero que existía y llamaba desde las alfombras y las lámparas, desde las profundas opacidades del terciopelo escarlata de los muebles, libres ahora de la más leve brizna. Allí todo parecía esperar. La misma sala parecía esperar

por algo o por alguien desde su reciente, clamorosa nitidez.

Mas aquella ensoñación se vino abajo muy pronto. Duró menos que otras veces. Como una burbuja que se desprendiera del fondo de un lago de oscuras aguas y ascendiera violentamente hacia la superficie, un despiadado exabrupto interior vino a decirle que allí las horas de la espera ya habían pasado, que en esa casa ya nadie esperaba nada y menos aún los fríos objetos, vueltos por obra de esa aparatoso caída mental, a su verdadero ser, a su verdadera muerte habitual, a esa impávida limpidez de una sala convertida así de pronto en mausoleo. No fue ni una mueca de horror ni de angustia lo que le descompuso el rostro. No fue tampoco un grito de espanto lo que hizo que su mano se apretara contra su boca. En ella solamente hubo un brusco zigzag de estremecimientos que le atravesó el cuerpo. Mejor, una repentina sensación de frío. Un segundo después casi corría por la casa en busca de su madre, y con una idea fija en la mente.

—¡Mamá! —llamó en cuanto la vio inclinada sobre un atado de ropas, exagerando a su manera sus tareas domésticas.

La madre volvió el rostro estupefacto. Parecía haberse despertado, de un golpe, de un largo sueño.

La miró extrañada y dejó de mirarla, y sin ningún deseo de averiguar nada, volvió a sumirse en sus tareas como retomando un sufrimiento o rencor doliente que ella adivinó enseguida: la culpaba y con razón de los reclamos del padre.

Ella buscó entonces acomodarse a ese tiempo especial de la madre y re-frenar el acuciante ímpetu que la arrastrara hasta allí. La había asustado en verdad. Al llamarla, su voz se había elevado como si gritara. No fue ésa su intención. Apenas quería pedirle que olvidara su disgusto con la tía Antonia y la llamara por teléfono para que viniera a visitarlas. Eso era todo. Soportaría a la tía, a sus hijas y a sus sobrinos, que eso era mejor que sufrir una boba tarde de sábado mirando pasar y pasar las horas. La tarde del sábado se le había ocurrido un enorme vacío en el tiempo que no había con qué llenar, que era preciso llenar aunque fuese con la visita de la tía Antonia y su trepidante conversación acerca de todo lo que hubiera ocurrido (o fuera a ocurrir) con los miembros más remotos de la familia, de la cual ella era una especie de preceptora dirigente ad honorem y a tiempo completo, pues no le importaba concurrir a donde fuese necesario para responder a cualquier agravio causado por tanto advenedizo, ahora colado en la familia por obra y gracia de la mala cabeza y pocos prejuicios de esa nueva generación moderna y desaprensiva

que se dejaba arrastrar, sin conciencia, por el primer amigo, novio, pretendiente y demás que pasara cerca. Conversación implacable y prodigiosa la de la tía Antonia, que no impediría sin embargo a sus hijas aportar nuevos da-

tos alarmantes ni impediría a los hijos de éstas, tres diablillos incansables, corretear por la casa entera volcándolo y revolviéndolo todo. Eso era preferible

a volver a sentir en la casa vacía, en la sala vacía, la sensación helada del silencio y de la muerte, sobre todo ahora que un relámpago brutal de lucidez la llevaba a temer, en los momentos de soledad, por lo que pudiera haber detrás de ese monstruoso tren que había empezado a aparecer en sus noches de insomnio o de pesadilla.

—Mamá —llamó nuevamente. Su voz sonaba firme, sin inflexiones.

La madre no respondió, o ésa fue su manera de responder. La hija, manteniendo el mismo tono indiferente, dijo:

—¿Vas a llamar a la tía hoy?

La madre se vio obligada a contestar.

—No —dijo secamente. Recordaba el desaire de la tía Antonia, la semana anterior.

—Pero mamá, no insistas en eso, no vale la pena ahondar los resentimientos de ese modo —repuso la hija, dominando apenas una primera indignación que empezaba a formársele dentro.

—La llamé el sábado pasado y nos dejó esperándola todo el día —dijo la madre, ahora ya perfectamente convencida de sus razones—. Llámala tú, si quieres —añadió con desdén.

La hija no necesitó responder. No tenía sentido. El disgusto de la tía Antonia fue con su madre. A ella le correspondía llamarla en ese caso. Pero no lo iba a hacer. Era inútil insistir entonces.

La madre había ladeado la cabeza en un mohín de resignación y abandono. Prefería echarlo todo a perder con la tía Antonia. Luego de que tantas cosas se habían echado a perder, una más ya no importaba. Prefería persistir en su soledad, asumir definitivamente el cerco como una valla protectora.



Era, por cierto, inútil insistir. Además, ese primer ímpetu suyo de que la casa se llenara de gente ya había pasado. Y la visita de la tía Antonia no era más que lo que siempre debió ser: una forma sustituta, un remedo, un fingimiento que ni siquiera bastaba para colmar, por unas horas, un vacío de todas maneras irremediable.

—Está bien, déjalo así —murmuró la hija.

La madre, que esperaba otra respuesta, se volvió, atónita. Aguardaba una reacción de ira, y se encontraba, en cambio, con esa mansedumbre imprevista, al tiempo que, en el rostro de la hija, había ahora una como serenidad absorta y extraña, que contrastaba con la expresión casi angustiosa de un instante atrás. Algo ocurría dentro de ella que la madre apenas lograba entrever. “Habrá tenido otra visión”, se dijo. Y recordó aquel primer llamado que la sobresaltara en el momento en que la hija irrumpió en la habitación. Y aquel llamado empezó a resonar en su memoria como el pedido de auxilio de alguien que se ahogara. Y la cara lívida de su hija le pareció la de una ahogada. Entonces el ciego impulso de salvarla pudo más que su resentimiento y su rencor, y aunque no entendía muy bien qué relación podía existir entre esa súbita necesidad de la visita de la tía Antonia y el oscuro sufrimiento que la devastaba, plegando a un engaño que ella intuía inútil, dijo casi sin pensar:

—Voy a llamarla.

La hija la miró girar lentamente y avanzar hacia la puerta. Le pesaba mu-

cho esa decisión. No quería hacer esa llamada. Al descubrirla así, las manos entrecruzadas sobre el vientre, los pasos demorados y vacilantes, se preguntó si a los sesenta y ocho años, más bien, si después de sesenta y ocho años de vida las personas tenían todavía derecho a la vanidad, a la dignidad acaso.

—Mejor no lo hagas —dijo la hija.

La madre se detuvo un instante como aliviada. Pero después continuó su camino hacia el teléfono.

—Lo he pensado bien, mamá. No la llames. Será una lección para ella. Y al fin terminará por ceder —dijo y la siguió. La retuvo suavemente por un brazo y la madre accedió, se dejó detener, ahora sin remordimientos.

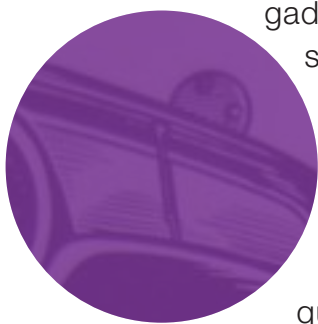
—Vamos, mamá, que ya es muy tarde, es hora de que almorcemos, papá no vendrá —añadió conduciéndola hacia la escalera.

Bajaron y la madre murmuró a modo de consuelo:

—Acabará por llamar. Y si no viene ella vendrán las sobrinas. Vas a ver —la hija no la escuchó.

Ahora estaban sentadas en la sala frente a frente. La madre dormitaba con un rosario en el regazo.

Era la suya una respiración tranquila, acompasada. Un sol oblicuo y quemante se metía por la ventana e iba a dar contra el terciopelo de los muebles, volviendo carmesí lo que antes sólo fue escarlata. En el pasillo, la luz que venía del fondo de la casa adquiría un tinte azul-gris, al mezclarse con las sombras del alto tumbado. En todo ese silencio a veces se oía, como un eco, el paso de las voces de los chiqui-



llos del barrio, melenudos y deportivos como ordenaba la nueva moda, que se embromaban unos a otros. En un momento la madre se despertó y preguntó por si había llegado alguien. En otro momento se animó a decir:

—Si vienen, mejor no les cuentas lo de anoche.

—¿Para qué? —respondió la hija—, fue una pesadilla.

Poco después la madre le propuso ir a ver lo que había en la televisión.

—Me quedo —dijo la hija. La madre salió.

Al cabo de un rato, la anciana retornó y dijo:

—¿Quieres café?

—No —repuso la hija.

La tarde había cambiado del amarillo intenso al anaranjado, luego al celeste y después al violeta.

Fue entonces la hora de encender las luces.

El padre volvió ya entrada la noche. La madre le había aguardado en un constante sobresalto renovado con cada auto que pasaba, con cada rumor que venía de la calle. La hija, desde su habitación, lo oyó llegar como llegaba casi todos los sábados: algo tomado y canturreando el principio del mismo viejo yaraví. Su grave autoridad cotidiana, esa compostura solemne y preocupada de siempre, se cambiaba por efecto de los tragos —y según la madre, por efecto de los consejos de sus amigos— en una sorda beligerancia, un poco remolona y alevosa que, desde luego, nunca fue más allá del reproche dirigido a la madre y no dicho del todo, y que a la hija tampoco interesó descifrar. Como toda la vida, cuando el padre venía en

ese estado, ahora los oía discutir, decirse cosas, acusarse tal vez. Todo en medias palabras y en un volumen de voz que no conseguía ser lo bajo que ellos querían. A veces, sin embargo, el padre gritaba. A veces la madre no lograba reprimir, entre sollozo y sollozo, sus protestas. La hija los escuchaba en la oscuridad de su cuarto sin saber si era ira o lástima lo que había en su corazón. Tenía ganas de salir, de ir a donde ellos y decirles que se callaran, que no perdieran así, de ese modo, el tiempo que les quedaba; y decirle al padre que dejara de reclamarle ya nada a la vida, como ella lo hacía, y decirle a la madre que dejara de llorar, como ella lo hacía; pero la certidumbre de no poder penetrar en el mundo de ellos, de no poder quebrantar ese intrincado juego de manías, la retenía en su habitación, inmóvil y con los puños crispados escuchando en silencio los ecos de esa batalla tan decrepita como sus protagonistas.

Por fin los padres se callaron. Y la noche empezó a sonar con un zumbido enorme. Y el ruido de los autos y de los caminantes se volvió cada vez más espaciado. Y fue la hora del insomnio. De la perfecta lucidez del insomnio. La hora de los abismos y de la angustia. Y entonces se vio como si fuera otra persona. Y sufrió y compadeció a esa otra persona que era ella misma. Vio su situación nítidamente: el túnel taponado, el callejón sin salida, esa vida consagrada a enterrar a ese par de viejos, seres de otro tiempo, como ella, a los cuales ya sólo los unía el recuerdo del amor. Después de ellos vendría lo negro, la noche cierta, no habría tiempo para más.

Entonces tuvo la imperiosa necesidad de rezar aquella oración pagana que era solamente suya, y no al Cristo de los cielos sin misericordia. Cerró los ojos en la oscuridad y se acogió con unción a ese clamor interior, a ese recogimiento, a esa interiorización profunda que la volcó sobre sí misma, que la volcó hacia adentro dejándola encontrar su propio silencio, su propia oscuridad, los verdaderos y no los falsos de afuera. Así pudo pensar en ese país lejano del que no sabía nada, excepto que era lejano y acaso cálido, y en el que sólo a veces conseguía pensar.

De tal arrobamiento la sacó el primer pitazo del tren. Fue tan lejano que en principio creyó que era solamente una idea. Pero el pitazo volvió a sonar. Se levantó de un salto y empezó a vestirse.

Y no tuvo tiempo para el miedo, porque dentro de su

alma hubo un vuelco que fue como el súbito vuelco de una balanza que se inclinara hacia el lado imprevisto, y tampoco tuvo tiempo de acudir al clóset, ni de llevarse nada de allí, pues el tren se acercaba ya, vertiginosamente, entre resoplidos de vapor y el estruendo de la contundente maquinaria que golpeaba y tableteaba como los mismos alocados ritmos de su corazón, que eran también los de su respiración acezante, todo eso mientras corría por la casa para alcanzar ese tren que venía por ella, que venía por ella era indudable, pues ya lo oía acercarse y reducir sus veloces émbolos, y aplicar los frenos y desacelerar la marcha, en tanto que ella dejaba de correr y caminaba, ya casi normalmente, y se daba modos para arreglarse la blusa y pasarse la mano por el pelo, justo en el momento en que llegaba ya a la puerta de calle y la abría. **MF**

